

actitud de Wittgenstein aquí es particularmente valiente. Fue bautizado en la fe católica, y educado bajo la persuasión católica de su madre¹⁴. Cuando de joven le preguntaban, decía que era «católico romano», pero llegado el momento en el que tuvo la impresión de que lo que profesaba era un sinsentido, abandonó la religión. Aunque al respecto hay testimonios contrapuestos, dado que Monk pone el acento en las conversaciones de Wittgenstein con su hermana Margarethe, y G. E. M. Anscombe afirma que dicha decisión fue el resultado de charlas con su hermano Paul¹⁵, la actitud de Wittgenstein pone de manifiesto la voluntad de no ser deshonesto consigo mismo, a pesar de lo que estaba en juego con la pérdida del asidero que supone la religión¹⁶.

En casos como éste, la cuestión está clara: uno debe actuar sobre la base de las certezas y el convencimiento que tenga. Si aquéllas desaparecen o dejan de serlo, mantenerlas no es más que un ejercicio de hipocresía, y el modo de actuar ha de cambiar con las nuevas certezas que sustituyan a las anteriores. La búsqueda de claridad sobre los modos de actuar no es sino la lucha para discernir qué es lo que uno debe o no debe hacer en cada momento y en cada instancia de su vida¹⁷. Esto no impide que uno mismo reconsidere su postura si nuevas experiencias ponen de manifiesto que las certezas anteriores poseen un sentido que quizás no se había advertido. No es extraño, por ejemplo, que ante una situación límite –como puede ser el peligro de muerte– la psicología humana reaccione a la defensiva y evalúe, por decirlo de este modo, repentinamente la precariedad constitutiva de nuestro ser ante la mayor de las incógnitas.

Religiones como la cristiana presentan al ser humano con una debilidad proyectada hacia la trascendencia, relativizando tanto las consecuciones meramente humanas como el propio sufrimiento, al que se le concede un sentido dentro de la vida entendida en sentido temporal. Tal es la condición humana –débil– y, como Wittgenstein acabó por comprender, su fortaleza reside en aceptar tal debilidad, y entenderla como un principio de comunicación con lo Absoluto. Así, escribirá más tarde que estar en acuerdo con los hechos del mundo –no rebelarse contra las contrariedades de la vida– es «hacer

¹⁴ f. A. C. Grayling: Wittgenstein. Oxford University Press, Oxford 1989, p. 2.

¹⁵ Cf. G. E. M. Anscombe: «Ludwig Wittgenstein». Philosophy 70 (1995), p. 395.

¹⁶ Cf. su obra Observaciones, Ed. Siglo XXI, México 1981, p. 97 (1946): «Por así decirlo, la religión es lo más profundo y tranquilo del mar, que sigue tranquilo por altas que las olas sean arriba».

¹⁷ En definitiva, la base sobre la que se construye nuestra identidad.

la voluntad de Dios»¹⁸. Recuperar este sentido de la religión –y con una particular fuerza en las experiencias crueles de la Primera Guerra Mundial¹⁹– le permitió a Wittgenstein poder contar con un auténtico remanso anímico y espiritual en los peores momentos de la contienda. No le importó, pues, reconocer que –de alguna manera– la religión ocupaba un lugar central entre sus preocupaciones más íntimas. Las numerosas páginas escritas al respecto en sus *Diarios Secretos* son particularmente elocuentes. Si uno vuelve a considerar la religión algo importante, ¿por qué no asumirlo? Eso fue lo que Wittgenstein hizo. Pero el salto a la creencia positiva también es una cuestión de coherencia. Son muchos los creyentes que se confiesan como tales aun habiendo parcelas de su religión que no terminan de encajar, bien por incompreensión o por simple desconocimiento.

Wittgenstein valoraba al cristianismo como la religión que daba un sentido pleno a la vida²⁰ y, en cierto modo, participaba de ella²¹. No obstante, existe al respecto un testimonio suficientemente elocuente que vuelve a poner de manifiesto la coherencia wittgensteiniana. Nos lo transmite M. O’C Drury²² y refiere a las discrepancias que Wittgenstein manifestaba sobre determinados aspectos de la doctrina católica: «Caminamos en silencio durante un rato. Más tarde: WITTGENSTEIN: Es un dogma de la iglesia romana el que la existencia de Dios puede ser demostrada por la razón natural. Este dogma me imposibilita ser un católico romano. Si pensara en Dios como otro ser parecido a mí mismo, fuera de mí, sólo que infinitamente más poderoso, entonces considera-

¹⁸ «Para vivir feliz tengo que estar en concordancia con el mundo. Y a esto se llama «ser feliz». Estoy entonces, por así decirlo, en concordancia con aquella voluntad ajena de la que parezco dependiente. Esto es: “cumpro la voluntad de Dios”». *Diario Filosófico (1914-1916)*. Ed. Ariel, Barcelona 1982, p.129 (8.7.1916). *Entrecomillados del autor*.

¹⁹ Cf. M. Boero: *Ludwig Wittgenstein. Biografía y Mística de un Pensador, cuando señala: «Es por tanto el propio encuentro con la muerte lo que induce a una reflexión profunda sobre la vida»* (Biblioteca Estudios Skolar, Madrid 1998, p. 106).

²⁰ Véase la entrada de 8 de diciembre de 1914 en sus *Diarios Secretos*. Véase también el párrafo de su obra *Observaciones*: «¿Qué sentimientos tendríamos si no hubiéramos oído hablar de Cristo? ¿Tendríamos el sentimiento de la oscuridad y el abandono? ¿Acaso no lo tenemos sólo en la medida en que no lo tiene un niño que sabe que hay alguien con él en la habitación?», p. 33 (1931).

²¹ Son numerosos los testimonios directos e indirectos de quienes le conocieron personalmente: Russell, Malcolm, Redpath, Drury, etc. También se encuentran muchas anotaciones al respecto en sus escritos más personales, o en anotaciones más o menos asistemáticas que realizaba sobre todo tipo de temas. Hay una afirmación de sus *Diarios Secretos* que nos sobrecoge por su carácter directo y su crudeza: «El ser humano sólo necesita a Dios» («Nur Gott braucht der Mensch»); *cursivas del autor*.

²² En: R. Rhees (comp.): *Recuerdos de Wittgenstein*. Fondo de Cultura Económica, México 1989, p. 184.

ría como mi deber desafiario»²³. Todo esto no impide que en su lucha por la claridad (tanto en el pensamiento como en la acción) y el sentido, mantuviese en primera línea de interés personal, aunque no académico, las cuestiones básicas de la religión.

En cualquier caso, existe una polémica que, de poder contrastarla hoy día con los interlocutores apropiados, quizás ayudaría a aclarar ciertos aspectos que son de interés. Se trata del entierro de Wittgenstein. Desconozco si queda vivo alguno de los asistentes²⁴. Anscombe murió en 2001 y está enterrada al lado de su maestro²⁵. Pero los testimonios de Drury y Moore ponen la duda sobre el convencimiento final de Wittgenstein. Drury, que había hablado con relativa frecuencia de religión con él, pensó que lo más coherente era darle un entierro católico. No obstante, G. E. Moore manifiesta su perplejidad por el modo en que se había procedido con Wittgenstein, en una carta a N. Malcolm fechada justo al día siguiente de la muerte. Tras señalar que el sepelio había sido conducido por un sacerdote católico, afirma: «No sé por qué. ¿Se había convertido Wittgenstein al catolicismo?»²⁶ Moore lo consideraba bastante improbable ya que, según su testimonio, prácticamente no le había oído decir nada a Wittgenstein sobre esta religión. Monk recupera en su biografía²⁷ ciertos episodios que nos pueden ayudar a aclarar el asunto. Habiendo discutido con Anscombe sobre algunas cuestiones relativas a creencias básicas del catolicismo, Wittgenstein le preguntó a su alumna si podía ponerle en contacto con un sacerdote que no se enfangara en cuestiones filosóficas. Anscombe le presentó a un dominico que había instruido a Smythies y la propia Anscombe durante su conversión a la religión católica. Dicho sacerdote dijo que, sabiéndose Wittgenstein muy enfermo, quería hablar de Dios, y que la interpretación de este deseo podía ser una aspiración de volver plenamente a la que consideraba su religión. Anscombe dudó, no obstante, de esta interpretación. Monk basa su duda en que Wittgenstein había manifestado explícitamente en ocasiones que no podía creer ciertas doctrinas de la Iglesia Católica.

²³ En este caso, parece hacerse referencia al argumento ontológico de San Anselmo.

²⁴ Al entierro asistieron: G. E. Moore y su mujer Dorothy; el doctor Edward Bevan, su señora Joan y un hijo de ambos; Von Wright, Drury, Smythies, Anscombe, Ben Richards y el dominico Padre Conrad Pepler asistido por un acólito.

²⁵ Ambos están enterrados en el Ascension Parish Burial Ground, anteriormente cementerio de St. Giles' and St. Peter's, en Cambridge (All Souls Lane).

²⁶ Wren Library, Trinity Collage: classmark: Add. ms. a. 310 (7).

²⁷ Cf., p. 573. Igualmente: K. E. Tranøy: «Wittgenstein in Cambridge 1949-1951: Some Personal Recollections», en: F. A. Flowers III (ed.), *op. Cit.*, p. 130.

Recuperando una idea que hemos señalado anteriormente, en relación con la creencia global en un credo a pesar de la existencia de parcelas incomprensibles, ¿podía Wittgenstein haber acentuado los elementos existenciales de la religión en un momento tan delicado de su vida? La experiencia es similar a la que se nos transmite en sus *Diarios* durante la Primera Guerra Mundial. Que nunca perdió de vista la importancia de las implicaciones existenciales es algo obvio en sus numerosos escritos privados al respecto. Como respuesta ante el sufrimiento, la muerte y la pregunta por el sentido de la vida, la religión juega un papel decisivo en la tranquilidad espiritual. No es arriesgado creer que Wittgenstein se sintiese en una situación así. Si tenemos en cuenta, igualmente, que el propio Wittgenstein, al enterarse de la conversión de varios de sus alumnos al catolicismo, comentó que le gustaría que rezasen por él, podemos pensar que enterrarlo siguiendo el ritual católico hacía justicia a su sentimiento religioso, con el que se manifestaba plenamente coherente aunque existieran parcelas de la creencia positiva en las que mantuviera su escéptica distancia.

Para él, lo importante de la religión era el fuerte componente ético que le confería a la acción. Y precisamente la Ética ha de entenderse –en Wittgenstein– dentro del contexto de la religión²⁸. A efectos de su trabajo filosófico, la cuestión también es la tarea de buscar claridad y, en el caso del *Tractatus*, presentar la posición absoluta de la acción moral²⁹. Las elucidaciones por las que transcurre esta obra muestran la labor del trabajo filosófico en la búsqueda de delimitar –desde dentro– las capacidades del lenguaje, señalando así el ámbito del sentido. La pregunta por el sentido de la vida queda en el terreno de las convicciones religiosas, y se tiene acceso a ella por medio del modo en cómo se conduce la vida propia. Pero en el *Tractatus* el trabajo filosófico parece llegar a su final: «me parece que la *verdad* de los pensamientos de los que se da cuenta aquí es intocable y definitiva. Soy por ello de la opinión de que, en lo esencial, he resuelto los problemas de modo indiscutible»³⁰.

²⁸ Cf., por ejemplo, K. Nielsen: «Wittgenstein and Wittgensteinians on religion», en: R. L. Arrington y M. Addis (eds.): *Wittgenstein and Philosophy of Religion*. Routledge, Londres 2004, p.137. También, J. Hayes: «Wittgenstein's 'Pupil': The Writings of Maurice O'Connor Drury», en: M. O'C. Drury: *The Danger of Words and Writings of Wittgenstein*. Thoemmes Press, Bristol 1996, p.xiii.

²⁹ Cf. J. Vicente Arregui: *Acción y Sentido en Wittgenstein*. Eunsa, Pamplona 1984, pp. 92-93.

³⁰ *Prólogo al Tractatus Logico-Philosophicus*. (Ed. Tecnos, Madrid 2002. Traducción, introducción y notas de Luis Ml. Valdés Villanueva).